

# LUPE, LA DE ALTOTONGA: NIÑEZ Y ADOLESCENCIA

---

por  
CARLO ANTONIO CASTRO

Al XXXV Congreso Internacional de Americanistas, México

## *I. Importancia de las historias de vida*

Desde la publicación de la obra de John Dollard,<sup>1</sup> diversos autores se han ocupado de la técnica de investigación de historias de vida otorgándole una mayor o menor importancia dentro del conjunto de las que permiten el conocimiento sociológico y antropológico. Para Dollard, la historia de vida es "una tentativa deliberada de precisar el desarrollo de una persona en un medio cultural, y darle un sentido teórico". Esta consideración resulta más aceptable en antropología, si además del estudio de una comunidad y su cultura, en su conjunto, el investigador logra recoger varias historias de vida de los individuos que forman parte del personal que hace vigente aquella cultura, a diferentes niveles sociales. De ese modo, además del esquema teórico que se tenga de las instituciones, los valores, los elementos materiales, etc., se le permite al estudioso apreciar, dinámicamente, cómo es que una persona o personas se desenvuelven dentro de aquellos supuestos culturales, en relación con otras personas que también actúan dentro de la cultura, a semejanza y diferencia de ellas, a través del tiempo, a distintos niveles del proceso de endoculturación, es decir, de la sucesiva toma de actitudes y conciencia culturales propias, tanto en el seno de la familia nuclear y extensa como al abrigo de toda la sociedad.

Claro está, que de una historia de vida no puede inferirse un conocimiento siquiera superficial de la cultura de un grupo. Ni tan sólo es dable formarse una idea completa de un sector específico de la misma. En ningún caso la narración que un individuo hace de sus experiencias es pormenorizada y absoluta. Para que fuera pormenorizada, una vez

---

<sup>1</sup> DOLLARD. *Criteria for the Life History*. New Haven, Yale University Press, 1935. Las normas que Dollard consigna para una adecuada técnica de la historia de vida, son las siguientes: I. El investigado debe ser visto como ejemplar dentro de un contexto cultural; II. Los móviles orgánicos que se le atribuyen a la acción deben ser socialmente significativos; III. Debe reconocerse el papel peculiar que la familia desempeña en la transmisión de la cultura; IV. Debe mostrarse el método específico de la transformación de las condiciones orgánicas en comportamiento social; V. Debe hacerse notar el carácter continuo que la experiencia tiene desde la infancia hasta la edad adulta; VI. Se debe especificar la "situación social", de continuo y cuidadosamente, como un factor; VII. Se debe organizar y analizar en busca de concepciones el propio material de la historia de vida. (*Op. cit.*, p. 8.)

contando con el tiempo necesario, todas las vivencias tendrían que ser anudadas por la memoria y expresadas indiferenciadamente por el informante, en una sucesión en que los hechos significativos y los carentes de importancia se agolparían en varios tomos de insoportable lectura; para que fuera absoluta, la personalidad del informante, su visión del mundo, su axiología, sus vinculaciones afectivas e intelectuales, su propia voluntad, etc., habrían de ser estáticos (lo que nunca se da en la realidad) y permitirnos, en cualquier época de su vida, tomar un inalterado esquema de sus recuerdos, que no estuviera sujeto a la variación, a la correlación y a la interpretación conforme a sus nuevas experiencias.

Pero todavía hay más, no todos los individuos participan con igual intensidad en los diferentes aspectos e instituciones de una cultura. Esto sucede aun en las culturas menos complejas. Por lo tanto, si bien puede considerarse que durante el proceso de endoculturación, y fundamentalmente en las etapas iniciales del mismo, se adquiere una personalidad básica que, de una manera general, se comparte con todo el grupo, el desenvolvimiento del individuo dentro de una sociedad y una cultura determinadas presenta diversas vías, de acuerdo con el sexo, el *status*, las relaciones interpersonales, las circunstancias de toda índole, etc. Estas relaciones interpersonales tienen una naturaleza muy compleja. Se realizan dentro del grupo y fuera de él, en la situación intercultural. Un desequilibrio a este respecto suscita la marginalidad social y cultural.<sup>2</sup>

Se desprende, pues, que sólo el examen de una serie de historias de vida de individuos de ambos sexos y de diferentes *status*, ocupaciones, edades, etc., nos permitiría aprehender una imagen de la cultura estudiada *siempre y cuando esas historias de vida fueran analizadas en función de los datos obtenidos con las demás técnicas de investigación.*

De la misma manera, la interpretación que de una cultura se hace utilizando solamente indicadores y técnicas que no nos permiten identificar al hombre dentro de la misma, no nos parece completa, por carecer de ese elemento profundamente dinámico que es la coactuación humana.

Desde luego, el investigador debe adoptar un criterio de selección de los informantes cuyas historias de vida habrán de ejemplificar, en su caso, el desarrollo sociocultural del individuo en la comunidad que se estudia; tal criterio, una vez cumplidos los requisitos de la diversidad de sexos, *status*, edades, apuntados arriba, se adaptará a las particulares condiciones del medio y a la teoría de campo que se tenga. La *idoneidad* y la *oportunidad* entran aquí, con frecuencia, en oposición. Pero no debemos detenernos en esto.

<sup>2</sup> Sobre la marginalidad cultural y social, ver Stonequist, *The Marginal Man*, Scribner and Sons, New York, 1937.

Creemos, con Burgess,<sup>3</sup> que el investigador no debe influir en el investigado en lo que hace al curso de la narración, de ese modo, y sólo así, todo lo que acerca de su vida nos cuente el sujeto de estudio tendrá validez, tanto subjetiva como objetivamente. Para él, las asociaciones libres que establezca en el desarrollo de su relato, serán las más significativas —consciente o inconscientemente— en el período de las entrevistas; al investigador, la estructura del relato mismo y su comparación con los demás, le permitirá darse cuenta de la importancia relativa de ciertas instituciones y de ciertos elementos, cuya misma omisión puede ser un índice de suma importancia cuando se le relaciona con los datos obtenidos mediante otras técnicas. Los relatos en primera persona, si han de exhibirse como documentos sociales y culturales, no deben retocarse en lo formal (lingüístico) ni ampliarse en su contenido (cultural); si así se hace, el resultado pertenece más al dominio de la literatura, con sus características especiales, que al de la ciencia; sólo en raras ocasiones se logra obtener un término medio aceptable. Se trata, entonces, de una recreación en la que el respeto a la configuración cultural del grupo humano en cuestión preside todo el relato.

La influencia del investigador sobre el investigado debe, pues, ser mínima. Pero una vez obtenido el documento personal, con sus asociaciones implícitas y explícitas, el antropólogo *debe* insistir, formulando preguntas, en los aspectos de la cultura que le interesen mayormente, conforme a la índole de su investigación. De este momento en adelante ya no estará investigando sólo la historia de vida individual, sino la institución que corresponda, a través de un testimonio directo; o algo que debe constituir, según creemos, el complemento de la historia de vida: la visión del mundo. Lo ideal sería que el informante que nos cuenta su propia historia pudiera darnos al mismo tiempo, sin presión alguna, su visión del mundo; esto se consigue, a veces, sólo parcialmente. Pero no es sino con el diálogo que se logra una mayor amplitud a ese respecto, y en casi todos los casos esa visión del investigado está permeada por los intereses particulares del investigador.

Esto, sin embargo, es harina de otro costal, y no queremos entretenernos más en ello. Tampoco pretendemos, ni lo hemos deseado, hacer un estudio de la técnica de las historias de vida, sino únicamente señalar su importancia, dado que en nuestro medio se le ha empleado poco.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Ver la discusión de Burgess, en Shaw and Moore, *The Natural History of a Delinquent Career*, University of Chicago Press, 1931, p. 240. Esto debe aplicarse a los materiales que interesan al antropólogo, con todo cuidado.

<sup>4</sup> Entre los investigadores que han publicado obras de este tipo se encuentran Pozas, Guiteras Holmes, Lewis y el autor de estas líneas. Tenemos noticia de otras historias de vida que aún no han visto la luz pública.

## II. El Municipio de Altotonga

Ofrecemos a los estudiosos, como mínima aportación, la historia de vida de una joven informante mestiza del Municipio de Altotonga, Ver. Las pocas historias de vida mexicanas hasta ahora publicadas en México, en castellano, se refieren a hombres. Durante la investigación de la historia de vida de una mujer hay que sortear, en el campo, una serie de dificultades que no vamos a detallar aquí, cuyo número aumenta cuando la persona que investiga es un varón. Vale la pena, pues, dar estas primicias.

Por otra parte, una de nuestras preocupaciones es la de realizar un intensivo trabajo de campo en el Municipio de Altotonga, al mismo tiempo que publicar, por motivos docentes, los resultados obtenidos. Como ya lo expresamos en la parte I de este trabajo, tenemos la convicción de que las historias de vida como tales deben recogerse al pie de la letra de labios de la persona investigada; nuestra experiencia nos permite asegurar que la historia de Lupe, la de Altotonga, es, desde un punto de vista formal, de una excepcional calidad; y su contenido resulta altamente ilustrativo del desenvolvimiento de las jóvenes campesinas que crecen en las congregaciones de nuestro municipio. Desde luego, la interpretación de esta historia de vida, y de otras, se hará posteriormente en función del resto de datos acerca de la cultura de la zona.

El de Altotonga es un municipio de 355 Km.<sup>2</sup> de superficie, situado en la zona norte 8 del Estado de Veracruz, misma que comprende los municipios de Atzacan, Jalacingo y Tlapacoyan. El número de localidades que se encuentra en el territorio del municipio de Altotonga es de 37, contándose entre ellas la ciudad cabecera, Altotonga, que tiene 4,818 habitantes en la actualidad, sobre un total municipal de 24,091.<sup>5</sup> La congregación de donde es oriunda Lupe, nuestra informante, tiene entre 350 y 400 habitantes, y es una de las 33 congregaciones que hay en el municipio. Se caracteriza porque sus pobladores proceden de otras congregaciones del mismo municipio, o de municipios diferentes, aun si consideramos las dos generaciones pasadas, y conservan un considerable porcentaje de hablantes de la lengua mexicana, quienes la poseen al mismo tiempo que dominan el idioma nacional, en su variante subdialectal correspondiente. Hace 18 años, época de la infancia de Lupe, se daba una cifra de 1,510 hablantes de náhuatl en Altotonga, quedando el municipio comprendido entre los que tenían hasta un 20% de población india.<sup>6</sup>

En las congregaciones de Altotonga puede apreciarse una serie de

<sup>5</sup> Según el Censo de 1950. Los datos preliminares del Censo de 1960 arrojan un total municipal de 25,412 (5.48% de crecimiento).

<sup>6</sup> D.A.I., *Mapas Lingüísticos de la República Mexicana*, México, 1944.



grados de cambio social y cultural, en distintos lugares, y el conflicto entre las culturas es, en muchos casos, evidente en una misma localidad.

Por otra parte, la gran mayoría de la fuerza de trabajo del municipio es agrícola; de 7,470 integrantes de la población económicamente activa, 5,496 se dedican a la agricultura y la silvicultura.<sup>7</sup> Nos hallamos, pues, en un medio eminentemente rural.<sup>8</sup>

El clima del municipio es templado, con temperatura media de 15 a 20°C. La altitud de la cabecera es de 1,887 m. y su clima es frío. Está separada de la congregación que llamamos de Olocuilta por una distancia que se cubre en nueve horas de marcha a pie.

### III. *La gente de Lupe Castillo*

El relato de la niñez y la adolescencia de Lupe Castillo, que en la parte IV de este trabajo presentamos dividido en doce capítulos, se le ofrece al lector como ella nos lo hizo, durante doce entrevistas semanales, después de un largo período de preparación. La transcripción se realizó taquigráficamente. Al principio de cada sesión, el investigador le leía a la informante los resultados de la precedente, permitiéndole así reanudar su relato en función de lo que ella misma había expresado la última vez, sin ningún otro género de influencia por su parte, como no fuera la de la amistad, traducida en confianza, sin llegar a un estado que pudiera tomarse como de aprobación tácita e incondicional. Quizá pudiéramos caracterizar esta asociación entre investigador e investigada como la de una amistosa neutralidad.

En lo tocante a su padre, la libre expresión del sujeto de estudio fue limitadísima. Hay un vacío casi absoluto en la información a este respecto. El papel del padre lo desempeñan, con respecto a Lupe, el abuelo materno y el tío materno menor, con variables intensidades.

Una vez terminadas las entrevistas acerca de la historia de vida, el investigador estableció el diálogo con la informante para ahondar en algunos de los puntos del relato. Así, pudo enterarse del origen de la familia de Lupe, de otras costumbres de su comunidad, y de algunos de sus juicios acerca de la congregación, su gente y el mundo. Los materiales obtenidos son el doble de los que informan acerca de su niñez y de su adolescencia. No podemos publicarlos por lo pronto, pues vamos

<sup>7</sup> Censo de 1950.

<sup>8</sup> Censo de 1950; el resto del total de fuerza de trabajo de todo el Municipio, se distribuye así: Industrias, 451; Comercio, 306; Transportes, 94; Servicios, 345; Otras actividades, 328.

a realizar para ello un análisis de la totalidad de los documentos personales del caso.

Espigamos hoy, de entre la información dirigida, algunos párrafos que nos permiten caracterizar a la gente de Lupe, antes de entregarnos a la lectura de sus hechos de infancia.

### Oigamos a Lupe:

"Allí hubo dos familias importantes. Una, la primera, Gallegos. Y la otra, Castillo. Los Gallegos eran los dueños. Los Castillo tenían su trabajo. Los Gallegos tenían costumbres muy católicas, lo mismo que los Castillo. Estaban emparentados. Las grandes señoritas Gallegos eran de color muy claro, como de marfil; la descendiente que queda es algo que... ¡bueno! Lo mejorcito de Olocuilta. Para los Gallegos, los mejores matrimonios eran con los más ricos de los Castellanos, de Zapotitlán. Entre las personas de su consideración estaban los Castillo, aunque no se casaban con ellos, pero sí veían qué era lo que más les convenía en partidos. Los Gallegos y los Castillo estaban relacionados porque Anselmo Castillo se había casado con Josefa Prieto, pariente de los Gallegos por el lado materno, y venían del mismo rumbo las dos familias, aunque una era rica y la otra pobre. Cuando murió Anselmo Castillo, al que poco después siguió Josefa Prieto, dejando huérfanos a varios hermanos, los Gallegos ya no tuvieron interés en ayudar a los Castillo.

"Uno de aquellos huérfanos, Toribio Castillo, mi abuelo, entró a trabajar a los diez años a una hacienda de los Aguado, que tenían ligas con los Gallegos. Allí fue donde conoció, más tarde, a mi abuela, Teresa, que era sirvienta, su familia de Chichicapa. Anselmo tenía un compromiso con Camerina Gallegos, por la antigua amistad entre las familias, pero de la noche a la mañana empezó a arreglar su asunto con la que iba a ser mi abuela. Ya casado, se dio cuenta la familia Gallegos, y se retiraron definitivamente de mi abuelo, más que por el compromiso roto, porque Toribio se había casado mal, según ellos."

Así, pues, el abuelo de la informante, mestizo de una zona rural, bilingüe, emparentado con una familia criolla de la región, se casa con una indígena mexicana, bilingüe también, y se establece en una pequeña congregación donde goza de prestigio social. Nos dice Lupe:

"Aquí, en este lugar, uno de los señores respetables era mi abuelo, no porque cargara armas de fuego, no, simplemente se imponía porque era sensato en sus explicaciones, acertado; los problemas más difíciles, siempre los resolvía con éxito. Todos los campesinos le tenían consideraciones especiales. Actualmente, pues, por acuerdo, o por no sé qué, se las tienen a uno de mis tíos, no igual, pero sí..."

Dos culturas, transmitidas conforme a las experiencias personales del abuelo y de la abuela de la informante, se entrelazan en el hogar que ambos forman, en una zona de contactos interculturales críticos. Tal si-

tuación configura el temprano proceso de endoculturación de sus hijos y de sus nietos. A esa influencia doble se sujeta Lupe Castillo.

Como hemos dicho, sólo en función de otros datos acerca de la cultura y de otras biografías podremos interpretar adecuadamente esta historia de vida. Queremos apuntar aquí, que la aparente anomalía de que una joven campesina se dé cuenta hasta en fecha relativamente tardía de los actos de la reproducción se debe al conflicto que en su propio hogar se verificaba, y que el lector atento podrá apreciar con detalle.

#### IV. *Niñez y adolescencia de Lupe*

##### 1

Mi congregación se llama Olocuilta. Tiene al norte la congregación de Malacatepec; al este queda Temimilco; al oeste, Xilita Piedras, lugar muy arenoso; al sur el límite es, más bien, el río de Bobos.

Mi tierra es un pequeño valle, rodeado de montañas. Sólo hay una parte que es terreno cultivable, y el resto son tierras muy feas, *tixcalares*; la vega, se dice la parte buena. No todos los habitantes son de allí: llegan procedentes de Chichicapa, Juan Marcos, La Venta, Isictic. Van a sembrar maíz... Esperan la cosecha y se regresan; todos hablan mexicano.

Hay otras gentes que llegan a Olocuilta, trabajan en una hacienda, van a Alto Lucero, Zapotitlán. Son matones, de la región del aguardiente; son cañeros, que van a enviar mulas, arrieros... Son intolerables, porque si ellos están en algún lugar, tomándose un refresco, y usted no los saluda, lo matan... Los pleitos con los fuereños son por docenas, y casi siempre hay muerte, hasta niños se han cargado. Los fuereños son de Alto Lucero y de Zapotitlán, gente muy "valiente", de entre los arrieros. Eso pasa, eso es lo que se oye... Cuando alguno debe algo, se esconde en Olocuilta. Como Olocuilta está retirada, *ábi* se están, hasta que pueden regresar.

Mi congregación está en el municipio de Altotonga; la hacienda de La Herradura está cercana, a unos quince minutos. A la orilla del camino, pasan los arrieros, y siempre se ve cuándo hay uno nuevo. Por ese camino pasan los muertos, los heridos, los enfermos. Vivimos en una encrucijada: un camino va a Malacatepec, el otro a Tetla, pasando por La Herradura. El de Malacatepec sigue para Tulancillo, San José, El Quemado, Comales, La Concordia y El Tunal, congregaciones también, pero no sé si son también de Altotonga. De Malacatepec, a la izquierda, hay un camino para Arroyo Negro y Plan de Arroyos.

Hay *unas veinte casas*\* en mi congregación; tienen techo de zacate de

\* Número indefinido que no corresponde a los datos del Censo [C.A.C.].

caña, unas; otras, techos de encino, de guayabo, de tesguas, de madera, de tejamanil. Las de zacate tienen al frente un caballete, que cubre una entrada de aire, para que la lluvia no moje el interior. Las cercas son de palos rollizos, de guayabo o de encino, de naranjo o de chalahuite, de *sangregao*,<sup>9</sup> de chaca, palos amarrados con bejuco. Las puertas son angostas, chaparras, una en la parte de enfrente.

Casi siempre tiene la casa dos cuartos y una troja. En la troja se guarda el maíz. Los cuartos están separados por latas horizontales, palos atravesados, que forman paré.

En el primer cuarto está un brasero, que tiene un *tecuile*, con tres *tenamastes*<sup>10</sup> y, junto, un cajete con *chiltemolo*.<sup>11</sup> Se ve una olla, y es para el *nixcome*.<sup>12</sup> Además, hay una tablita, en un rincón, para los trastes, cucharas, *tamolotes*,<sup>13</sup> cuchillos; a veces el *tapixcón*<sup>14</sup> puede que se vea, pero no siempre. Ahí están las sillas de madera y tule, una mesita; en un rincón está un cajón para acomodar los platos, jarros y tazas.

El piso es de tierra, parejo. Las casas tienen un corredor; para dar sombra, el techo se sostiene con horcones, sale fuera de la paré; ahí se cuelgan azadones, fruta. Abajo se acomoda la leña, afuera se dejan calabazas. El comedor está en la parte de atrás.

En el otro cuarto, el piso es también de tierra pareja; en una esquina está un petate enrollado, frente a un cajón largo, tapado, donde se guarda la ropa; en la otra esquina está un altar, con una estampa de la Virgen.

Las gentes de la orilla del camino tienen su *despachito* de refrescos: manzanita, dulces, cacahuates, aguardiente a treinta la copa. Esto es lo que más se vende, viene del alambique de La Herradura. También tienen sus cervezas. Todas estas cosas son para los arrieros o los caminantes que vienen desde La Concordia, cerca de Tatatila. Esos señores hacen sus compras en Zapotitlán: telas, riatas. De Olocuilta a La Concordia hay un día de camino; esos caminantes suben una cuesta tremenda, y en nuestro valle tratan de descansar lo más posible. Tienen más dinero y toman de lo bueno; en cambio los campesinos se beben el aguardiente vil, como sale del alambique; son los mismos campesinos que se crían entre el *pelillo*.<sup>15</sup>

<sup>9</sup> *Sangregao*; en otros lugares *sangregado*, *sangregrado*. Es el arbusto sangre de drago (*Latropha olivacea*).

<sup>10</sup> El *tecuile* es el fogón; los *tenamastes* son las piedras para sostener la olla; las piedras de lumbre, tres o cinco.

<sup>11</sup> *Chiltemolo*, piedra para moler el chile.

<sup>12</sup> *Nixcome*, nombre del proceso de cocimiento del maíz; el cocido mismo.

<sup>13</sup> El *tamolote* es un palo cilíndrico, de 50 cm., de guayabo o encino (maderas que no se curvan), que se emplean para mover el cocido de maíz.

<sup>14</sup> *Tapixcón*, aguja para abrir la *troja* del maíz, hecha de hierro o de hueso, de manufactura casera.

<sup>15</sup> *Pelillo*, la caña de azúcar tierna.



En la casa donde yo viví, los cuartos están separados, como casas distintas. La primera casa es un cuartito donde se vendían cosas: refrescos, jabón, dulces, galletas. Luego sigue otro cuarto de madera, con cerca de tablas de cincuenta centímetros de ancho, separadas para que haya luz; techos de tejamanil y de pino; a la entrada, la puerta ancha, como de un metro; una mesa de cedro, unas sillas chaparras de madera y tule; la de asiento más grande la ocupaba mi abuelito, al que yo le decía papá; se sentaba al extremo de la mesa, y a la derecha de la silla se ponía un trapo blanco, colgado de un clavo de la cerca, que sólo él ocupaba para limpiarse las manos.

A la izquierda había un cajón, también de cedro, con cuchillos distintos, anchos, cortos y largos, con cachas de cedro: el largo y puntiagudo para matar toro; el corto y ancho para matar cochino. Arriba había una cajita de cedro, y en ella él guardaba, sin llave, dinero, recibos. . . Varias moneditas no eran para hacer compras, eran antiguas, lo mismo que billetes que ya no servían. Algunos sí valían, pero él no los ocupaba.

De una solera se guindaban los racimos de plátano. Al centro de la cocina, un gancho para colgar la canasta donde se ponían las tortillas; un alambre de cobre, protegido en lo alto por una jícara al revés, sostenía el gancho.

Teníamos un brasero grande, como cajón; para levantarlo se le metieron *canteras*; <sup>16</sup> debe haber tenido de altura como metro y veinte centímetros; de largo, dos metros y medio, y de ancho, uno y medio. Tenía arriba un tecuile, tres tenamastes de piedra de agua, que duran siempre, hasta que uno se muere; se los había regalado mi abuelo a mi abuela, cuando se casaron; todavía están porque ahí los está usando la mujer de uno de mis tíos. Allá se dice, en Olocuilta, que cuando un hombre regala tenamaste "ya estuvo que se murió junto con la mujer" . . . porque se casan. El que regala tenamaste busca mujer.

Guardábamos panela en un cajón, y en otro, cerca de la lumbre, la sal. En dirección del fuego estaba un *huile*, <sup>17</sup> para la *cacala* y los *chiltepines* secos. Atrás de ese brasero a un lado, había una ventana que daba al arroyo.

De ahí se veía el cafetal, la milpa; el moro, dos matas de rosa: una roja, otra roja oscura. Junto a las rosas, en el mes de agosto, maravillas que salen por la tarde, rojas, blancas, amarillas, con olor a miel; las rosas

<sup>16</sup> *Canteras*, piedras grandes.

<sup>17</sup> *Huile*, plataformita circular en cuyo centro hay unos mecates cruzados; en ella se guarda la *cacala*, que es la tortilla dura, añeja, que luego se parte en trozos; en otros lugares, *totopo* o *totopozte*.

estaban separadas por un caminito; al otro lado del arroyo había un monacillo, papayas silvestres. Ahí estaba amarrado nuestro cochino, escarbando. Más hacia abajo, café... matas floreciendo, o café maduro, según el tiempo. Toros amarrados. Junto al moro, un caballo flaco, ¡quién sabe de quién era! Cerca de la ventana, una *ubandelia*<sup>18</sup> enredada en un naranjo y una chaca, no se le veían las hojas porque tenía mucha flor. Me gustaba quedarme viendo.

En el cuarto había otras cosas más. Un molendero, sostenido por canteras; encima, dos metates, uno grande y fuerte, de mis abuelos, y otro, el mío, que todavía tengo: mi abuelo lo encontró en la milpa, era de los antiguos. En el lugar libre del molendero teníamos ollas y jarros. Había un cucharero, para cucharas de madera y peltre, y dos cajones para los platos.

En la troja, de madera, guardábamos maíz, costales, aparejos, yugos, punzones, hachas, arados, reatas. Ahí se echaban las gallinas *culecas*, que iban a sacar pollos. Y las otras dormían en un moro. Los *xolocos*<sup>19</sup> se llevaban las gallinas... Había que levantarse por la noche, para matarlos, pues chillaban las gallinas y ladraban los perros... Había muchos nidos cerca; hasta de día los mataban los perros; no era raro ver a una xoloca cargada de xoloquitos.

Además de los xolocos, otros animales de daño eran, y claro que son todavía, el mapachín, el tejón, la oncolla, la zorra gallinera. El mapachín se come los elotes, y con el xoloco es azote permanente: gallinas y elotes, ¡son buenos ladrones! El tejón se chupa y se lleva el café; la zorra también se lleva los pollos, cuando está criando hace escándalo, si no, ni se aparece. El tordo saca el maíz cuando se siembra: hay parvadas que hacen su nido en los *jinicuiles* y en los pinos, y ahí duermen y bajan por la mañana; los niños los matan con ondas. El gavilán carga con los pollitos. El *lisli*<sup>20</sup> es un pajarito chico, como el gavilán, muy chillón, que también arrea con los pollos. Y otro azote, de animalitos chicos pero duros, en la milpa, es la rosquilla, la gallina ciega, el *tachi*, un gusanito verde.

La última casa estaba dividida con tablas. Tenía una puerta amplia, y una ventana en el último "cuarto". En el primero, un altar con santos y un cuadro de la "Última Cena". A la izquierda unas dos latas de manteca, con tapas de madera, y costales de maíz desgranado. El otro cuarto tenía un *sarso*<sup>21</sup> con un cajón grande, con libros viejos. Abajo, una cama hecha con una tabla de cedro y una de pino, sobre ellas un *petate*, sobre el pe-

<sup>18</sup> *Ubandelia*, regionalismo por *bugambilia*, o *veranera*.

<sup>19</sup> *Xoloco*, nahuatlismo regional que designa al tlacuache o zarigüeya (*Didelphys merriami*); el análisis que de este término hemos realizado sugiere la idea de "estar preñada".

<sup>20</sup> *Lisli*, "gavilancillo"; en Chiapas, *liklik*; en otros lugares, *lislique*.

<sup>21</sup> *Sarso*, *tapanco*, desván de la casa campesina.

tate dos cueros de borrego, grandes, blancos; una *cabecera*<sup>22</sup> grande, llena de lana, y encima una tela gruesa, blanca, con florecitas bordadas en las orillas. Una cobija grande de lana, una sábana de color. En la cama dormían mis dos abuelos.

En la otra esquina, una *ortofónica* para tocar discos: cuadrada, con patas, de un metro de alto, con su tapadera y su cuerda. Recuerdo que teníamos el vals *Sobre las olas*...

En otro de los rincones, un petate enrollado con su sarape, algodón de colores, una cabecera: ahí dormía yo. En mi rincón estaba un espejo, un cajón grande para la ropa. Junto a la ventana, una máquina de coser "Singer".

Los demás de la casa dormían en la troja. Uno de mis tíos, casado ya, su mujer y su niño. Del otro lado del camino vivía otro tío, casado también, sin hijos. Un tío más chico dormía en el changarrito, tenía su cama con petates y lo demás.

No sé si mis abuelos conocieron a mi papá. Yo siempre los vi a ellos. No sé nada de mi padre.

### 3

No sé cual sea la edad, recuerdo que iba con mi abuelita a lavar a un pozo. No era río, lo sé bien. Mi abuelita y las mayores se ponían a platicar. Luego me iba a un arroyo, a pescar bobitos; después, me hablaban para que recogiera la ropa, para tenderla y asolearla. Me daba hambre, me dormía. Ya muy tarde, regresábamos a la casa. Yo tenía hambre.

Cuidaba yo la milpa, la siembra... para que no sacara el maíz el tordo; después me daba mucho sueño; y cuando veía, ¡estaban todos los tordos abajo! Tenía yo una onda y les tiraba piedras; me cansaba y me iba a un platanar que estaba cerca; le quitaba los retoños a los plátanos, salen unas figuras muy bonitas; entonces, me acordaba de los tordos, y volvía a tirarles piedras. Luego me iba a hacer ramitos de begonias de color rosado. Hacía mis ramitos, y me llamaba mi abuelita a comer. Ya era tiempo. Comía huevo asado. Me gustaba.

Luego tapizcaba mazorca, la desgranaba; soltaba el cochino, me ponía a comer limas, y el cochino llegaba antes que yo... ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! Para que no molestara, lo amarraba. Desgranaba el maíz. Volvía a amarrar el cochino, y le daba el maíz a mi abuela. Luego recogía el *totomoxte*<sup>23</sup> para dejarlo fuera, para las vacas.

En la mañana iba yo a traer agua al pozo, para el atole, al Agua Dul-

<sup>22</sup> *Cabecera*, regionalismo por "almohada".

<sup>23</sup> *Totomoxte*, hojas del maíz.

ce. Y hacía el atole mi abuela, y se iba a dejar de comer a mis tíos. Como yo no tenía sentido del tiempo, salía a cortar capulines, capulín santo, y me regañaban. En vez de ir... por el camino de arriba, me iba por un terral, abajo, para ver las ardillas. Me ponían una buena... Corría... Al regreso buscaba nidos de palomas. Me volvía a regañar mi abuela.

Después, ya más grandecita, bueno, ya a esa edad, me mandaban a recoger café... Hay que quitarle la cascarita... Muchas mujeres cortaban café, y a mí me gustaba ir a cortar, nada más que me regañaban, no ellas, sino mi abuelo que andaba por ahí, deshierbando. A veces no se daba cuenta y yo me iba a buscar nidos, a los *cafés*. ¡Y ya me hablaban para ir a comer!

Yo terminaba, él se quedaba, pero me mandaba a recoger café. Y me iba a cortar naranjas... Lo veo pasar, y me voy, corre y corre, a un lado de su camino, para llegar primero; me metía a una troja para que no me viera y me regañara. Pregunta mi abuelo por mí, no le dan noticia porque no había regresado. Pero cuando salgo de la troja y llego, me pegan con varas de moro, para que ya estuviera mejor. Y luego ¡a lavar trastes!

Más grande, podía aguantar café para sacarlo a asolear; lo llevaba por canastas, para extenderlo. Había un *chacuaco*,<sup>24</sup> el chiste era bajarse por ahí, por la emoción; luego era fácil brincar, hasta llegar al hule, un árbol, donde había mucho *acahuale*;<sup>25</sup> al regresar hay una chaca, y le quitaba cascaritas. Había un subterráneo, y me pasaba por enmedio; había *choloquitos*,<sup>26</sup> y los cortaba; otra chaca, y la veía, y había un horno de pan, muy alto. Se me iba el tiempo.

Regresaba, ¡y me volvían a dar otra, con moro, para que se me quitara lo entretenido! Iba a asolear la ropa. Regresaba tarde porque había un pino que me gustaba ver... ¡Y otra regañada!

Me ponía a mortear café, pero con dificultades, porque el mortero pesaba mucho. Lo harneaba. Me subían en un medio almú para que alcanzara el brasero. Sacaba mi cazuelo.

En el patio había una *lima de chiche*, bajaba una, me la comía. Ya después me iba a dormir. Y dormida, yo creo, me levantaba, porque no amanecía donde me acostaba, sino en otro lado; en vez de ir a la puerta, iba a otra parte, me volvía a acostar.

<sup>24</sup> *Chacuaco*, especie de horno con chimenea, en el que se hace la teja.

<sup>25</sup> *Acahuale*, hierbas parásitas; en otros lugares *acahual*, *acagual*, hierbas que crecen en las milpas abandonadas, principalmente; lugares donde crece mucha hierba. Nótese la diferencia semántica.

<sup>26</sup> *Choloquitos*, nahuáismo de Altotonga, por *chayote* o *erizo*.



Arriba de donde vivíamos había vecinos, de un lugar que se llama Isictic. A la señora nadie la quería, por tremenda. Mi abuela la odiaba. Esa señora tenía dos hijos, niña y niño; la niña era más grande que yo, quizá de once años; yo tal vez tenía seis, porque todo se me caía de las manos. Yo a la muchacha, a la chamaca, la veía muy gorda, era güera; la señora era flaca y fea, nunca se peinaba. La chamaca jugaba conmigo, con flores de calabaza y con papeles de chicle. En su casa había guayaba rosa, pero a mí no me dejaban ir, sólo hasta una barda llegaba. Le pedía guayabas, una sola, y no me daba nada; si le prometía una moneda, me traía guayabas. Yo se las cambiaba por monedas grandes. Me vio mi abuela y me pegó por eso.

Me empecé a preguntar por qué mi abuela no me dejaba platicar con ellas, tampoco con su mamá: empecé a verlas como algo malo. Cuando iba a traer agua al pozo, la chamaca venía conmigo, y un día nos encontró mi tío, y me regresó a nalgadas. Cuando iba a ordeñar una vaca, nos íbamos juntas y jugábamos a hacer tamales, con hojas de *jomequelite*. Estaba entretenida cuando va llegando mi abuelito, y ¡otra santa paliza! Y no me explicaba nadie por qué. Dejé de hablarles porque me pegaban mucho.

Me ponía a hacer dibujos en la tierra; o me iba a un paredón y hacía casitas, o algo así, prensando la arena. Hay un lugar que le decían toril, que yo quería imitar. Lo hacía con arena, juntaba las piedras pómez, le dejaba su puerta.

Me acuerdo que con la luna se ponía la noche muy bonita... Había café afuera, en costales; yo me sentaba en los que estaban a medio llenar. Los *temalcuahuis* brillaban en la noche: parece que están flotando sus hojas; luego, como no me veían, yo me iba al arroyito; y para eso ocupaba las piedritas, las tiraba al agua, y la luna caminaba en las ondas; pero cuando chillaban las ranas me daba mucho miedo, y no sabía por qué; regresaba a donde veía flotar los temalcuahuis. Yo decía que jugaban.

Y se veía así: azul, azul, tan azul... No era azul, ¿qué cosa era? Es que yo veía a la claridá de la luna tan bonito, pensaba por qué el día quemaba tanto, y la luna, en lo noche, no.

En la luna encontré la cara de una niña. Le pregunté a una mujer, casada con uno de mis tíos, por qué estaba esa chamaca allí. Me dijo que no la molestara: "¿Cuál niña? ¡Esa es la luna!"

A veces la luna no era completa, sino a la mitá: "¿por qué se esconde? Parece semilla de calabaza, parece *erizo*<sup>27</sup>..." Y resulta que cam-

<sup>27</sup> *Erizo*, el chayote, en casi todo el Estado de Veracruz y parte del de Puebla.

biaba, porque sólo era un pedacito. "¿Será otra?" Y le decía a mi abuela: "¿Cuántas lunas hay en el cielo?" "Sólo una...", me contestaba. "Pero anoche era otra", le decía yo.

Las chicas, que hacían mucho ruido, me llamaban la atención. Pensaba en los montes. "¿Qué hay detrás? Si fuera yo caminando y llegara muy alto, ¿que vería del otro lado?" Mi abuelo hacía rozas para sembrar chile, sandía, jitomate. Allá no se da el jitomate, pero él sembraba. Una vez había venido mi abuelo a Altotonga, y yo aproveché para ir a ver la roza. Todo estaba quemado. Había pajaritos, rojos, amarillos, palomas muy bonitas. Y que voy, y empecé a caminar para ver qué cosa había. Tierra suelta, fea; se oía el ruido de un río. Fui hasta el bordo, y vi hasta abajo... ¡Qué susto! Un ruido eterno se me quedó colgado. Regresé. Mi abuela me preguntó por qué tardé tanto. No le contesté: traía el miedo del río.

Mis tíos llevaban camarones. "¿Cómo vienen?", les preguntaba. "Del río." En ese tiempo trajeron una ardilla. Yo la cuidaba mucho, me encantaba; era gordita. Al crecer, me mordía y ya no me gustaba, pero no quería que se me fuera, la encerré en un cajón. Un día, para poder lavarlo, la metí en un morral que puse en un poste. El animalito se movió y se cayó al agua y se me ahogó. ¡Ay, mi ardilla! Ya no me volvieron a gustar las ardillas.

Mi abuelito compró unos periquitos, y *ábi* andaban, comían nixtamal. Una vez me dijo mi abuela que íbamos ir a Teminilco, hacían una fiesta. Muchos niños, tulipanes, mujeres, muchas mujeres. Regresamos a buscar los pericos, no habían entrado. Al día siguiente busqué por el *tecórral*:<sup>28</sup> sólo las plumas estaban, se los comió un gato.

Después traje de Arroyo del Muerto unas palomas. Vi el nido y estuve pendiente: cuando tuvieron plumas las traje. Pero no tardaron... Se las comió un perro callejero.

Tenía sueños muy feos. Como oía decir que cuando uno no se porta bien se lo lleva el diablo, y yo lo quería conocer cómo era, me portaba mal... "¿Cómo es el diablo?" A las que cortaban el café, así les decía. Se asustaban: "¡Ave María Purísima! ¿Qué estás diciendo?"

Tenía un primo menor que yo, de unos tres años, y no le podía preguntar. Lo llevaba de la mano a buscar a su mamá. A ésta le preguntaba: "¿Cómo es el diablo?" Y ella me decía: "¡Te voy a acusar!" Pero a veces la oía platicar con mi abuela. El diablo tenía cuernos, lumbre, cola. Decían: "Si Dios no existiera, ¡pobre de nosotros!, no estaríamos aquí;

<sup>28</sup> *Tecórral*, hibridismo, "corral de piedra", de *tet* "piedra", en mexicano en t; nótese que el acento grave del mexicano priva sobre el agudo del castellano.

estamos porque Dios nos cuida. Dios se lleva las almas buenas y el diablo se las quita." Pero yo dije para mí: "Si son tan buenas, ¿por qué se las quita el diablo?" Luego les dije esto mismo a ellas. Me dieron en la boca y me reventaron el labio.

Soñé que el diablo se paraba en la puerta y bailaba, detrás estaba la lumbre. Era flaco, su cola como la de la vaca pero roja, su cara de cabra. Pero yo tenía curiosidad por verlo. Despierto, y le digo a mi abuelita: "¡Ahí está el diablo en la puerta!" Ella buscó un candil y lo dejó encendido; volví a dormirme.

Un día soñé que me iba siguiendo un toro. Yo quería correr y no podía. Despierto y estaba dormida. ¡Ningún toro había!<sup>29</sup>

Fui a cortar pimienta para la comida. Una vaca estaba amarrada, con gasa; jalé la gasa y la solté, y me siguió de veras la vaca, perdí la pimienta... la tuve que buscar otra vez; pero me fui por el otro lado.

5

Oía hablar de los santos y de los ángeles. Cuando yo rezaba pensaba en la Virgen, distinta del cuadro, muy buena. Me decía que si quería jugar, y tuve con quien jugar. Despertaba, y no le decía nada a los demás. Yo trataba de pensar cómo podía ser un ángel. "Alas y cuerpos", decían. "No puede ser", decía yo. "A la Virgen yo la vi, y tenía cuerpo y se movía." "¿Por qué los ángeles tienen alas?" No creía eso, lo decía, y me regañaban; siempre me pegaban.

Arriba había un platanar; luego, un tanque grande. Tomaba mucha agua y me dolía el estómago. Bajaba y había quelite morado; pasaba a cortar para llevarlos, calabacitas, para comer. Mi abuelita freía los quelites.

Oía cuentos. Decían que *ábi* en el cañal salía un hombre convertido en gallina blanca. Hacía igual que una gallina. Se llamaba "el Viejo", y ese viejo ahí vivía. Y una vez yo iba al arroyito a traer el agua, cerca del cañal. Y sale una gallina, moviendo las alas, y dice: "¡Yo soy el Viejo!" Lo había oído tanto, que así pasó en ese rato. Y empecé a aceptar que existía el diablo y que existía Dios, y me volvía más obediente, y hacía todo lo que me decían. Me convencieron, y ya se me quitó la costumbre de ver bailar el temalcuahuil en la chaca.

Mi abuela se iba y yo me quedaba a recoger bellotas, hojas, bejuquitos; o cuando iba con ellos, mejor me adelantaba porque ellos platicaban solos y no me contestaban lo que les preguntaba, ni mi abuela, ni mi

<sup>29</sup> Tema que hemos encontrado en diferentes zonas del país, cuando las mujeres estudiadas nos relataban sus experiencias oníricas; por ejemplo, en Tetela del Volcán, Mor.

abuelo, ni mis tíos. Pero yo oía todo lo que decían: que en las noches andaba la Llorona, que aullaba en los potreros. Y menos todavía quería ver los temalcuahuis. Y pensaba: "¿Por qué se pondrá oscuro?" Antes me gustaba; entonces me quedaba despierta. Oía pasos. Y se reían. Decían: "¡Ven!" Y los arrieros gritaban: "¡Mulaaa!"

Un día dice mi tío, oí yo: "¡Vengan!" Me levanto, y no hay nadie. En mi rincón, me acosté con miedo. ¿Quiénes caminan, si no hay nada? Por la mañana, les pregunté: "¿No oyeron anoche que iba gente?" Dijo otra tía, la que dormía en la otra casita: "Sí, es que el rey del cerro baja en la noche." Contaba historias largas y pesadas de un rey, pero yo le decía: "Bueno, ¿y que arrienda mulas?" Se enojaba: "¡No, éstos serían los arrieros!"

## 6

Mi abuelo no era chaparro; era delgado, flaquito, narigón, de ojos grandes y verdes, claro, de pelo chino. Cabeza pequeña, frente amplia... Parecía calvo, pero no era por falta de pelo, sino que así había sido desde chico. Lo debo haber conocido a la edad de los setenta años. Se enojaba mucho cuando no salían bien las cosas. Tenía una voz agradable. Hablaba mexicano y castellano. Le gustaba que el patio de la casa estuviera limpio, que la milpa se cultivara bien. Sembraba maíz, frijol, chile verde, chiltepín, calabaza, plátanos. Le gustaba la variedad. Recogía *citalillo*, tomate *xaco*.

Los animales del monte le gustaba que se criaran en la casa: las palomas, los tejones. Le gustaban las plantas, flores, dalias, camelias. Pero había de monte también: gallitos morados, blancos, rosados; lirios blancos, amarillos; le gustaba sembrar todo eso en el tecórral.

Le gustaba que uno estuviera limpio siempre; que nunca se acostara sin lavarse los pies, con agua tibia. Fumaba en hoja de maíz: Era muy alegre cuando estaba de buenas; si no, ni quien se acercara. Bailaba el zapateado, el jarabe, el torito... A veces decía bombas. Con él aprendí el jarabe, varios jarabes. Quería que uno supiese bordar su ropa, que una mujer se diera cuenta del trabajo del campo sin que tomara forma de marimacho, que se comportara como mujer donde quiera que estuviera.

Contaba chistes. No estaba corcovado por los años, sino derecho. Miraba seguro. No era cariñoso ni partidario de tener hijas mujeres, por eso no me quería mucho. De todos los hijos que tuvo, sólo hubo una mujer. Los demás fueron varones. Quería que todos supieran leer porque él no sabía, y eso le había costado... Siendo muy chico se le murió su papá, tuvo que trabajar en una hacienda, sufrió mucho, sin poder defenderse mejor.



Allá en la hacienda conoció a mi abuela, que se llamó Teresa, y era de ese mismo lugar, aunque su mamá venía de Chichicapa. La señora hablaba mexicano y también Teresa, que era sirvienta en la hacienda. Se casó con ella en Altotonga, por la iglesia. Contaba que le había comprado *cachimira* para su vestido, ¡no sé qué es eso, yo no la conocí! Bueno, tuvieron varios hijos, la mayor parte gemelos: los primeros, varones; los segundos, varones; las terceras, gemelas mujeres. Las gemelas se murieron a los ocho meses, de sarampión; después nació una mujer; de ahí siguieron varones.

El dejó la hacienda cuando empezaron a nacer los hijos, y trabajó por su cuenta. Cuando fueron grandes, los llevó a que estudiaran en Quetzalan; cada ocho días les traía su ropa arreglada. Aprendieron a leer, y de ahí no pasaron. La hija llegó a cuarto año, y se regresó; mientras estudiaba había entrado a trabajar. Al poco tiempo iba a tener un hijo, a los dieciocho años. Aunque vivió en su casa, el abuelo del que iba a nacer, no quería verla...

Nació la criatura, una niña, por fin. La abuela nerviosa, pensando que algo fuera a pasar, no hallaba qué hacer. Pero, en fin, a la luz de una luna muy crecida, cortó el cordón. Como no había preparado ropa para la criatura, la envolvió con su vestido, y así la tuvo por tres días. La mamá se fue levantando de la cama, y para que la niña no llorara se la cargaba con el rebozo. Y cuando tenía dos meses, ¡fue a dar al suelo! La creyeron muerta, pero no fue así. Esa era yo y aquel fue mi primer golpe.

Ni sus hermanos la querían a la mamá. El abuelo, que no le hablaba a su hija, dijo que había nacido otra mujer, y que no servía para nada, que no se podía confiar en ellas. El había querido mucho a su hija; decía, gritaba, que por qué había hecho eso... su madre también había estado sola, y nada había hecho... Por eso, cuando yo crecí, tampoco me quería. Cuando aprendí a leer, ni en cuenta me tomó...

No recuerdo muchas cosas porque... Pshshsh... Recuerdo las últimas porque él no me hablaba antes, por eso me llamó la atención. Yo pensaba, ¿qué será lo que quiere el abuelo? Creo que sin saberlo me prometí hacer cosas que ni yo misma sabía que iba a poder... Como nunca me hablaba, con tal de que me tomara en cuenta, dije que estudiaría. Y él decía que yo estaba chica para entender, pero que me aprendiera las lecciones, que no se me olvidaran. Repetía que mi madre había hecho cosas que no se hacían; que yo no hiciera lo mismo; que a medida que creciera me buscarían los hombres, pero que yo no hiciera caso... Eso para mí era muy borroso. Mi abuelo murió cuando me empezaba a tomar en cuenta.

Mi mamá, después de mi nacimiento, se fue de la casa . . . a México, ¡quién sabe!, por *áhi* . . . A mí me dejó con ellos a los dos años, o menos creo . . . Hubo cambios muy bruscos, para ella, después de haberme tenido. Pero yo, entonces, ¡qué iba a saberlo!

Mi abuela era chaparra, morena, chata, de ojos rasgados, pelo negro; me regañaba mucho y, ¿cómo sería?, bueno, yo sentía que a pesar de que mi abuelo estaba retirado de mí, yo me entendería más con él, porque era más quieto, pensador, y decía que algún día algo se podría hacer.

7

Yo estaba acostumbrada a mis abuelos, a pesar de todo, a mis tíos, a la tierra de Olocuilta; jugaba, buscaba otras cosas, conocía los rincones. Creo que por ese tiempo sería el año cuarenta y tres, no sé bien, no estoy segura.

Entonces conocí a mi mamá, llegó de lejos. Era muy extraño para mí saber que ella era mi mamá. Fue peor, los palos más duros que antes. Decía que yo estaba muy desobediente, que me habían dejado mucho. Me pegaba . . . Yo menos la quería. Se fue otra vez.

Mi tío más chico se llamaba Miguel. El me comenzó a enseñar a leer, a escribir, a hacer cuentas, en libros que repartieron por aquel tiempo. En la casa había un reló, y me enseñó los números.

Un día encontré en el sarso algo importante. Había visto un cajón que siempre estaba cerrado, cajón viejo. Quería saber qué había dentro. Logré abrirlo metiendo en la cerradura la punta de una tijera. La tapa se levantó y encontré muchos libros. Me pasaba largos ratos buscando los dibujos; recorté los cuadros. No pude leer todas las letras todavía. En uno había un señor muy chistoso. Yo buscaba a la gente que pasaba por el camino, a ver si se parecía a ese señor; nadie se parecía, nadie, quizá, sólo mi abuelo, por la barbita. Pero no podía preguntarle a la familia quién era porque había escondido el libro, me lo había llevado a la troja.

Lo veía en la troja, siempre que era posible, después de hacer las cosas, después de jugar. En eso, entró en la troja uno de mis tíos, y yo, asustada, tiré el libro al totemoxte, y ahí se fue el libro. ¿Qué vas a hacer?, le pregunté a mi tío. "Voy a quemar esto", me contestó. Nada pude decirle, y mi libro se quemó . . .

No era muy fácil subirse al sarso. Cuando quise buscar otro libro para entretenerme, me dijeron que toda la noche había estado un nauyaque molestando. Luego guardaron muy bien el cajón, porque un tío dijo que

los ratones se habían metido y que todo se estaba echando a perder. Ya no supe más de aquellos libros.

Me empecé a entretener con una máquina de coser, hasta que ya pude hacer servilletas para la cocina, *delantarcillos* para mí, lavar la ropa mía, arreglar las plantas. Ahora ya podía cortar el café, no sólo recogerlo debajo de las matas. Y ya no me dejaban las cortadoras, ¡hasta me pegaban!

Mi tío seguía enseñándome las letras. Todas las tardes hacía yo una plana, si no mi tío me jalaba las orejas. Eso me daba mucho coraje. Me dejaba un libro para que copiara, pero yo ponía palabras sueltas, hacía un *revuelto*. De todos modos, no se fijaba y decía que estaba bien. Este tío me pegaba mucho. Decía que yo me entretenía nada más, que iba a ser como una señora Lola, que estaba loca. Yo le gritaba que él era el Lolo...

En eso regresó mi mamá. Me llevó un muñeco, cara de luna, blanco, rojo. Me llevó un vestido de cuadritos y cuello blanco: no me gustó, me chocó y me lo quité. Ese mismo día me trajo mi abuelo una tela para vestido. Era roja, con flores rojas más claras y puntitos. Ese sí me gustó, y después mi abuela me hizo un vestido. Mi mamá era sólo una visita para mí; la dejé y me fui corriendo.

Recuerdo la Nochebuena. Le decían así al día en que nacía el niño. "¿El niño de quién?", preguntaba yo. Era peor, porque me regañaban. "¡El Niño Dios!", me gritaban. Pero, "¿Dios es un niño?", volvía a preguntar. "¡No!, Dios nació." Siempre hacía yo algo indebido. No me querían y yo trataba de ganármelos. Cuando iban a comer, procuraba calentarles las tortillas. Tenía yo ocho años.

En esa época fui a traer lima limón; se me clavó una espina; mi tío me la sacó, pero me lastimó cantidad, y me dolía... Grité toda la noche. Volvió a venir mi mamá, que estaba en Altotonga, trabajando. Me llevó con ella una semana, luego regresé a Olocuilta. Al año siguiente, vino ella en Semana Santa.

## 8

Mi abuelo decía que el río tiene una canción, y yo me iba a oírlo cantar... Decía el río: "Noooooooooooo... nooooooooo... nooooooooo...", un *no* muy largo. Y detrás, algo se oía: "Aaaah... aaaah", quizá una caída de agua. A veces el agua se veía amarilla, y luego roja en la tarde; y después, yo me quedaba pensando que el abuelo, o "papá" como yo le decía, tenía razón. El río cantaba con los colores.

Veía los pinos, con el aire se van de un lado a otro, diciendo que no. "Dicen que no", me decía. Pero luego, hay temalcuahuis, que tienen las

hojas redondas y dicen que sí... Son como la gente: unos dicen que sí y otros que no.

Si mi abuelo encontraba un pedazo de madera, lo recogía, lo ponía en agua caliente, lo secaba y ya tenía un juguete; si encontraba una fruta chistosa en el monte, la llevaba, y esas cosas no le importaban a mi abuela, que no tenía encanto. Decía mi abuela: "Ya se me terminaron los zapatos." Y mi abuelo decía: "Con zapatos o sin zapatos es uno el mismo... lo que vale es uno, no los zapatos." Y yo veía que podía entenderme con él. Decía: "Todos nacimos sin ropa: en la vida vale lo que uno hace y deja." Entonces, ¡aquí es donde se enojaba mi abuela!

A mi abuelo... mis tíos no le creían ni le hacían caso, decía que él soñaba mucho; para mí, lo que decía mi abuelo era cierto. Cuando murió, entonces mi abuela decía que yo era tan loca como su marido, que con razón terminó queriéndome. Eso fue mucho después, cuando yo estudié más adelante. Decía que yo, a medida que era más grande, más me parecía a él. Terminó por darle la razón al abuelo, después de muerto; pero ella decía que éramos pobres y sin dinero, que cómo me iba a hacer ilusiones, a estudiar cosas que no valían cinco o veinte.

El abuelo decía que el campo es la vida del hombre. Yo le pregunté que si de todos, porque los de la ciudad eran diferentes. "De ellos también, porque nosotros trabajamos para que ellos coman." Y yo pensaba en qué cosa tenía la tierra para que nosotros comiéramos con ella, y en por qué los animales, como las vacas, no comían lo mismo y estaban gordas, daban leche, y uno todavía se tomaba la leche de las vacas...

Mis tíos decían que cuando la gente no se vestía como los demás, donde estuvieran, no la querían. "Si estuvieras bien vestida, con zapatos, serías una niña de la ciudad, y ya no parecerías *naca*."<sup>80</sup>

Fue mi tío menor el que me llevó a la escuela. Entonces ya tuve que vivir con mi mamá, porque las clases eran en Altotonga. Y así la conocí más. Todavía no se moría mi abuelo, y en cada vacación regresaba a Olocuilta, a vivir en su casa. Se alcanzó a dar cuenta de cómo iba yo estudiando, y empezó a hacerse amigo mío. Una vez me dijo que "si alguien te manda a traer y te da dinero, no te quedes con él"; creo que lo decía del que era mi padre. Nunca vi a este señor, ni supe quién era.

En mi congregación no había iglesia. Los asuntos religiosos se arreglaban en el Cerro y en Zapotitlán. El cura iba al Cerro desde Meca-

<sup>80</sup> *Naca*, mexicanismo despectivo por "india" (de la terminación *-naca*); en otros lugares se dice *meca* o *taca*, según el gentilicio.



calco, que queda por Las Vigas; la mitá de un día se hace a caballo. Y las costumbres del casamiento son propias de Olocuilta. Si un muchacho quiere casarse, va el papá a pedir la muchacha a sus padres. Es el *pedimento*. Si aceptan, desde ese día lleva el muchacho cosas para la muchacha: alimentos, maíz para la cocina. Esto dura un tiempo, el que se fije.

Después viene el *asentamiento*. Vive el novio en la casa de la mujer, de la suegra; trabaja para ellos un tiempo: *veces* sale casado, y *veces* lo corren. Veces dicen los hombres que ya habían sido maridos de la mujer, la suegra siempre lo niega. Muchas veces, se va ese hombre y llega otro; con ese se casan, casi siempre chamacas, sin busto, flacas. Ya casadas, cuando tienen dos o tres hijos, se oye en ocasiones que las sigue otro hombre; ese hombre, generalmente, es el que las pretendía, sin haberlas ido a pedir, sin estar en su casa; es el que les gustaba a ellas; luego se sabe que *andan por la milpa*. El otro está en su casa. A veces se da cuenta, y se va, pero regresa después.

En el caso de mi familia, no pasó así, porque mi abuela y mi abuelo se casaron por la iglesia; mi abuela ya era una mujer grande, tenía veintiocho años, y mi abuelo también era grande. Ellos veían mal que se casaran criaturas de trece años, y pensaban que llevar un hombre a la casa era ser alcahuetes.

Veces, dicen que las mujeres se las apartan a algún hombre que tenga dinero. Si una niñita tiene cuatro años y le gustó a un señor para su hijo, este señor dice: "Esta chamaca la caso con mi hijo cuando sea grande". Y veces, así sale. Aquí viene que cuando yo nací, un señor Filemón, que tenía un hijo de tres años, y que conocía a mi mamá, le dijo: "¡Hasta que voy a tener con quién casar a mi hijo, con tu hija!" Se levantó mi mamá y lo siguió con una escoba, hasta la puerta. Ya no lo volvió a ver.

He oído decir que las mujeres deben casarse cuando más tarde a los quince años, y que los hombres deben tener mujeres a los dieciséis. Hace algún tiempo me encontré con una señora de Olocuilta y me preguntó cuántos años tenía. Después me dijo: "Ya se está usted pasando, porque una mujer está casada a los quince; es más fácil que tenga los hijos a esa edad que más grande; yo tuve mi primer hijo a los trece años."

Me dijo que cerca de su casa vivía un hombre, y que este hombre la llamaba mucho, cuando no estaban sus padres, y le regalaba dulces. Ella iba. Hasta que, "pues, me metí con el hombre. Después me empecé a poner barrigona. Me empezaron a pegar en mi casa. Y nació mi niño, muy grande, que ni lo podía cargar. No sabía que metiéndome con un

hombre, yo resultaría así. Hasta que a los quince años, me casé con Tereso, otro señor."

Cuando una señora ha dado a luz una criatura, la sientan en la cama, con su marido; a los dos los *human* con *copale*.<sup>31</sup> Luego, la señora le lava las manos a la que la atendió durante el parto. Así es en nuestra ranchería.

Después, ya viene el bautizo: matan guajolote o cochino, hacen tamales o mole. Se emborrachan. . .

Buscan que el padrino tenga dinero. Ya entonces, luego que se pusieron de acuerdo, hacen su viaje al Cerro. Después del bautizo, viene la *entrega del abijado*. Se le dan siete mudas diferentes. El padrino lo carga y lo entrega al papá, a la mamá, a los hermanos, a los abuelos, a otros parientes. Después, la madrina baila al niño alrededor del tecuile; luego, se le vuelve a quitar la ropa, las siete mudas. El padrino ya cumplió con su deber. Y ya los hijos de los padrinos pasan a ser hermanos con el niño.

El chamaco tiene en su vida padrino de bautizo, padrino de confirmación, padrino de casamiento, padrino de levantamiento, padrino de escapulario, padrino de arras, de velación, de ramo. . . A todo esto, ¡ya no es chamaco! El padrino de levantamiento es el que lo levanta delante de un santo cuando se enferma de gravedad.

También hay otros compadres, los compadres de cruces, pues cuando se dobla la milpa se lleva una cruz, por invitación, y ya queda uno compadre con el dueño.

La comadre no puede acercarse mucho a su compadre. Se ve mal. Se dice que un hombre tuvo cosas con su comadre. . . Ella se iba todos los días, temprano, para su casa; la milpa se hacía a un lado para que pasara, luego se cerraba. Un día, le acarició la cabeza al compadre, y ya le estaban saliendo cuernos al hombre. Ella entró en la milpa, que se fue tirando; al compadre lo arrastró la milpa al mismo tiempo que se fue enrollando; se abrió la tierra y se los tragó. Por eso, los compadres se respetan.

Yo antes no entendía esas cosas, hasta después me di cuenta. Aquella señora que tenía una hija y era vecina, con la que siempre estaban enojados mis tíos y mis abuelos, resultó que era mala. Tenía muchos hombres, que la visitaban. Por eso no querían que yo fuera. En Olocuilta no era la única, había otras que venían de fuera. Y la gente contaba muchas historias sobre esas mujeres.

Decían que el Anima Sola, la del tres de noviembre, no tenía derecho de disfrutar las mismas cosas que las otras ánimas, pues cuando es-

<sup>31</sup> *Copale*, *copal*, incienso.

tuvo sobre la tierra fue amante; a esa ánima se le prende una vela atrás de la puerta; todavía después de muerta esa persona, la siguen viendo mal. Hay que retirarse de ella, como cuando está sobre la tierra. En la comida de muerto, no disfruta lo que las demás almas, sino las sobras, lo último de la comida.

Las mujeres tienen el pozo donde se reúnen para lavar. Sus grandes conversaciones son las relaciones que tienen con los hombres... Hablan que no han *cogido*,<sup>82</sup> comparan el número de veces que cada una coge.

—“Fíjate que la María tiene otro hombre, y la espera aquí en el pozo, y dice que anda metida con él porque el Pedro su marido, no sirve... Y anda con el Efrén porque ese sí, para que veas...”

—Pues yo, sólo cada quince días...

—¡Ah!

Así platicaban, y así platican. Una muy descarada, de Isictic, tuvo muchos hombres... Vivió con el primero que se la llevó, le dejó dos hijos; después de ése, vivió con otro; luego, con otro; luego, con un tío mío; le gustaba vivir con jóvenes, cuando tenían unos diecisiete años; hacía cosas como ésta: juntaba en su casa al que había vivido antes con ella y al de después. Vivió con un tío mío, y años más tarde se encontraba con uno de los hijos de éste.

Pero en la congregación no es bien vista la que anda con otros. Cuando se muere, Dios no la recibe igual. Casi todas son de fuera. Parece que a veces les dan dinero.

En una congregación cercana hay un hombre muy raro... Vivió primero con una señora; después la corrió de su casa porque “no eran iguales”, pues él tenía más dinero; después se casó formalmente con otra, por la iglesia y todo; ya que estaba embarazada la corrió porque, según decían, el papá del señor tenía interés en ella. Se buscó otra, prima de la primera; después se llevó a la sobrina de ésta; luego a la cuñada de esta sobrina; después a otra parienta de ella... Por eso le dicen el *verraco*. Y en diferentes casas, unas juntas a otras, vivía con todas, y todas se llevaban bien. Cada una de ellas atiende a las otras cuando les llega el parto. No se van con él mujeres que han dado su mal paso, sino chamacas de diecisiete años; se dice que él “les ofrece dinero”. La familia de su verdadera mujer vive con él. Es muy bravo y se dedica al cultivo.

A ese hombre lo ven muy mal en Olocuilta, porque la gente se preocupa mucho de esos asuntos. Hay muchos cuentos que tratan de cosas parecidas, o que pueden suceder.

<sup>82</sup> *Cogido*, cohabitado.

Se dice que si los primos se casan, los hijos serán perversos. Son hijos del diablo. Los hermanos se deben respetar mucho, porque a veces se mete el diablo entre ellos.

10

Mi tío me llevó a la escuela de Altotonga. Viví entonces con mi madre.

La maestra era vieja, enojona. Daba la clase de cómo sembrar el maíz. Pero así no se sembraba, y yo se lo dije. ¡Peor todavía! Al mes siguiente, me dijo que yo era insoportable. Me pasó con la maestra de segundo, me puso las tablas... pero yo no las sabía *cantadas* sino *revueltas*. Estuve como dos meses con ella, hasta agosto. Luego le habló a otra maestra, que era de tercero. Yo no entendía qué cosa era eso: "¿Por qué me traen de una maestra con otra? Me van a regañar". Tenía entonces nueve años.

Acabé triste con mi mamá; estuve marzo, abril, mayo, con la profesora Lupita; junio, julio y agosto, con la profesora Etelvina; en septiembre, algo así, con la profesora Gudelia, pero no se lo decía a mi mamá porque me iba a pegar. Estaba triste entonces.

La profesora Gudelia hablaba de las cordilleras y yo no le entendía. La vi como que se le podía preguntar... Me dijo que vivíamos en el Estado de Veracruz, y que teníamos que estudiar sus límites. Así me lo aprendí de memoria.

Ninguna chamaca me quería, todavía menos las de tercero: me pellizcaban, me jalaban las trenzas, me ponían dibujitos en el pizarrón, intencionalmente me tiraban, me molestaban.

En las vacaciones de septiembre vino mi tío y me llevó para mi tierra. Yo no le conté que ya no estaba con la profesora Lupita, para que no me pegara... ¡Qué bonito fue regresar a mi tierra! Hacía lumbre con ramitas de pino, y olía muy bien. Veía otra vez los temalcuahuis, más oscuras las hojas; las chicas, hojas rojas y verdes. Duró muy poco. Volví a clases, era un martirio después de haber estado en Olocuilta... Me ponía sorda. La profesora Gudelia me decía que me apurara, que pasaría año. Yo le pregunté por qué había ido de un salón a otro, y me dijo que lo que yo sabía no lo sabían los niños más chicos, y que ésa era la causa, que no estuviera triste; al salir a recreo todos, yo me quedaba en el salón, y más se enojaban conmigo los chamacos: decían que yo era la consentida de la maestra. No era eso; no me gustaba el recreo.

Llegaron las vacaciones grandes... Regresé a cortar café, pero ya no jugaba... Mi primo ya sabía algo, le habían enseñado a hacer rayi-



tas, apenas rayitas. Todo grande, todo hermoso lo veía, la tierra no era tan reducida como la escuela.

Al año siguiente, ya con la boleta, nos dijo la directora: "No van a tener profesora por unos días". Cuando llegó nueva maestra, nadie la quería. Era una de diecinueve años. Empezó a hablar de los cuerpos geométricos, más complicada su clase que las anteriores.

Mi mamá trabajaba siempre, de sirvienta; yo nunca dejaba de tener hambre. Siempre buscaba qué comer, y encontraba poco. Teníamos un cuartito horrible; comíamos tortilla, frijoles, ¡y ya! A veces le ayudaba en su trabajo: había unos *cuates*,<sup>33</sup> y yo los cuidaba. Ya sólo íbamos a la escuela por la mañana, y en la tarde cuidaba a los cuates, horribles. Le dijeron a mi mamá que debía ponerme a trabajar, que ya con diez años casi, servía para los mandados. Una señorita que cortaba le dijo que me llevara a confirmar. A mí me chocaba esta señorita, siempre la evitaba.

Con la profesora Conchita pasamos ese año, y al siguiente estuvimos de nuevo con ella. Todo seguía lo mismo: mis compañeros me daban de pisotones, me gritaban: "¡India!" ¿Qué querían decirme? No entendía la palabra. "¿Será porque vengo de las montañas?"

¡Quinto año! Todos decían: "Cuando yo salga de la escuela, mi papá nos va a llevar a pasear", "mi papá nos compró zapatos", "mmm, porque ¿ves?, éstos se hicieron para gente como nosotras, no para indias como tú...", y seguían con lo mismo.

## 11

En quinto año se hizo un concurso. Querían premiar la mejor composición, dedicada a uno de los Libertadores de América. Yo tenía admiración por varios hombres, de los que nos habían hablado. Yo los quería. Quería a Zapata, a Juárez. De don Benito Juárez me llamó la atención cuando se fugó de su casa. No supe mucho de ellos en la escuela, pero los conocí.

La composición era sobre Bolívar. Conchita me prestó una biografía, y yo la leí. Hice el trabajo en papel ministro; se lo enseñé a la maestra... me dijo que estaba regular. Volví a hacerlo. Lo sometieron a concurso en esa zona. Entonces, el primer lugar fue para Guadalupe Castillo. Ese es mi nombre, pero en otra escuela había un niño que así se llamaba también... Fue una confusión tremenda.

Los compañeros me dijeron: "¿Cómo crees que tú te lo vas a sacar,

<sup>33</sup> *Cuates*, gemelos, mellizos. Palabra que se relaciona semánticamente (en un plano secundario) con *coatli*, "culebra", por la creencia de que las serpientes van por parejas. En náhuatl se dice *ciuat*.

india pata rajada?" La profesora estaba furiosa por el enredo, quería que su grupo ganara. Hubo pleitos de profesores. La cosa se aclaró por el apellido materno del chamaco. Yo gané el premio. Ese trabajo lo mandaron lejos, y me dieron un diploma. Los muchachos gritaron que "hasta que iba a tener con qué hacer lumbre en mi casa". Y me tiraron el diploma. Le pegué a una chamaca y le rompí el vestido. Todo el grupo estuvo en mi contra. ¡Peor para mí!

Y vino el otro año, el sexto. Seguía Conchita de maestra. Y los compañeros decían: "Yo iré a la Secundaria", "yo me iré a México", yo haré esto, aquello... Y yo pensaba: "¿Qué estoy haciendo aquí, si puedo estar en mi casa?"

Sólo en mi tierra podía comer, jugar, ir al arroyo; ahí era donde quería estar; había café, mucho café... Las vacaciones, como siempre las pasé en Olocuilta. Entonces, mi primo ya tenía nueve años, le di café a vender y él me lo vendió en Zapotitlán. Eran dos meses largos de estar libre: arranqué camotes, flores, hice muchas cosas. Era ignorante del nacimiento de los animales; por estar distraída con los árboles, con el río y con las estrellas, no me había fijado cómo nacían los cochinos o los toros.

Después de salir de sexto año descubrí lo que no sabía. Cerca del tanque, iba a nacer un becerro; al salir yo a traer agua, la vaca estaba volteada con la cabeza hacia mí. De repente, se volvió y vi la mano de un becerro que le había salido de atrás... Empecé a pensar, y ya ni traje el agua... Pensé que si así nacerían los cochinos. Había una cochina que tenía cochinitos, todos colorados. No supe cómo, pensé que si el becerro había nacido igual; y la yegua con su potro, ¿cómo lo había tenido?

¿Y los niños, cómo nacían los niños? Siempre oí que los traía una señora... Pensé, "¿nacerán igual que el becerro?" Y luego pensé si no sería que uno solamente creciendo los tenía. Eso me aterrorizó, porque decían las gentes: "Ya es grande, tiene doce años". Iba a tener trece muy pronto, y me asustaba porque, entonces, ¡ya iba a tener niños! Haber visto la vaca, me impresionó. Aquella vez, por eso, no me gustaron las vacaciones. Todo era feo para mí, no me explicaba cómo nacía uno. Oí decir que los niños los tenían las personas en el estómago; pero, ¿cómo?: Se ahogarían... Y si creciendo uno los tiene, eso era difícil, complicado.

Entonces, por ese tiempo nació un niño, primo mío... muy chiquito, se veía así; pero creo que en verdad no me importaba cómo nacía la gente; sólo me daba miedo de que al crecer iba a tener algún niño, pero no me importaba exactamente cómo.

Aquí viene algo que... ¡ay, ay, ay!... Es algo *medio medio*... Es común, pero... no lo puede uno contar tan libremente... Empecé a notar que se me abultaba el pecho, y... como un dolor de los músculos, y me empezó a preocupar eso... Me volví dentro de mí misma. El abultamiento era muy lento, pero seguía... y esta cosa me preocupaba porque creía que la gente era siempre como uno la había conocido, y yo misma...

Me ponía los vestidos más apretados, porque pensaba, sin saber por qué, que me iban a regañar por ese abultamiento...

Llegó un momento, durante las vacaciones, en que toda la noche no dormí, me empezó a doler el estómago, dolor de cabeza... Lloré, no aguantaba el cuerpo: ¡Algo como pegarse en la cabeza, que zumba, como quedarse sordo, horrible, mal, muy mal! ¡Qué feo!

A la siguiente noche, lo mismo: tres días, lo mismo; para la cuarta, nada: Sentí algo mojado, y entonces me dormí; al levantarme, empecé a ver que me sentía húmeda la ropa. Estaba como desorientada y luego, despierta, vi sangre... Me asusté como con la vaca... ¡La ropa manchada...! Me quité la ropa... Creía que me regañarían; la lavé, pero yo seguía igual, manchándola, y no me podía explicar eso.

Asustada, me fui al platanar, donde había una poza; me metí en el agua, y era igual, seguía siendo lo mismo, ¡no sabía qué hacer! Me iba por los paredones, escondiéndome.

Mi abuela notó que yo me aislaba más; procuraba irme lejos, no tan al alcance; inventaba pretextos, ¡algo horrible! Me llamó, que me estuviera en la cocina. Yo procuraba hacerlo todo rápido. Ella notó que me iba al platanar. Entonces le dijo a mi abuelo que ya debía yo regresar con mi mamá, que me llevara mi tío.

Un vecino tenía un hijo, alto, flaco, quizá de unos dieciséis años; se le ocurre al muchacho ir a amarrar un cochino, por donde yo me había ido. Al regresar yo, me encuentro a mi abuelo con una vara en la mano, ¡y me pegó! Cuando llegué a la casa, me regañaron mucho; me dijeron que qué hacía yo con el hijo de doña Caralampia... Yo ignoraba que él había pasado por ahí... Ya no me dejaban salir, y fue peor el miedo de que me descubrieran la sangre. Esa primera vez, me duró el tormento seis días. No me explico cómo, terminó... Pero al siguiente mes, lo mismo...

Regresé con mi mamá. Yo tenía una compañera muy grosera. La vi una vez como pensativa... Me acerqué con miedo y le pregunté si

ella sabía por qué en uno aparecía aquella sangre... Me dijo que sí, y me contó que a ella también le pasaba, pero yo creí que era mentira.

En una caja de agua, oí lo mismo de otras mujeres, y eso quizá me hizo pensar que era común a todo el mundo. Me olvidé y no volví a preguntar.

A pesar de la vaca y de mis sustos con mi propia sangre, fue a la edad de quince años, quizá, que descubrí que las gentes tenían relaciones sexuales, por una compañera mía. Esto sucedió mucho después de lo que he dicho. Mi compañera me contó lo que ella vio después de la boda de su hermana. Se daba cuenta de sus ruidos, porque había una planta alta y una baja; ella ocupaba la alta, y en la baja vivían los casados. Las tablas, medio podridas, tenían agujeros, y así se dio cuenta. Me contó todo, lo mismo que a otras amigas. Esto fue en Altotonga. Yo decía que eran groserías. Al ver a ese hombre, sentía no sé cómo, asco. Después las amigas se hacían bolita, para hablar, y pensé que era el mismo cuento de la muchacha, y ya no me interesó reunirme con ellas. Más tarde, en la escuela, supe en clase, directamente con una maestra, la verdad de estos asuntos...